



Fuente Genil, en el Teatro Circo, el 4 de abril de 2004, Domingo de Ramos

No reconozco ni asumo en este momento, otro modo de dirigirme a vosotros que no sea diciendo: Hermanas y hermanos; buenas tardes.

Ante todo, mi gratitud a la Agrupación de Cofradías, Hermandades y Corporaciones Bíblicas, que ha depositado en este pregonero una confianza que valoro enormemente y que he procurado y procuro no defraudar.

Hay un viejo refrán que dice: “Cuando Dios cierra una puerta, deja siempre abierta una ventana”. Será por ello que tras la ida al cielo de nuestro Capitán del Imperio Romano -el hermano Rafael Fernández Velasco-, nos mandó una nueva luz en una nueva ilusión: Manuel Reina Gómez. Mi Capitán y mi amigo. Con el que comparto la ilusión Azul de nuestras escuadras y el amor profundo a nuestro pueblo.

Esta misma cuaresma, -bajo el pórtico de Jesús-, fui testigo de cómo un pontano lo felicitaba por su inolvidable pregón de 1.992, 10 años después.

Ufano le presentó, a su esposa y a sus hijos, diciéndoles: “este es Manolo Reina: el del pregón que escuchamos siempre”.

Es para mí una especial distinción, que haya sido él mi presentador, y que haya puesto su amistad, su generosidad y su buen hacer, a mi servicio. Una vez más: gracias de corazón, Manolo.

Pido sinceras disculpas, a aquellos que hayan tenido el deseo de acompañarnos, y no han podido hacerlo por las limitaciones que tiene el aforo de este teatro. Teatro, por otro lado, que se encastra en mi propia historia, ya que en él nació mi madre, cuando formaba parte de ese ensueño que en el siglo pasado, el pueblo -cariñoso- llamaba “La Galana”.

Teatro de evocaciones románticas y centenarias, que acogió durante muchos años al Imperio Romano, convirtiéndose en su Casa-Cuartel, y donde -en ese mismo patio de butacas-, vio la luz -un Miércoles Santo de 1.943- el pasodoble Enriquetilla- latente siempre en mi corazón y en mi sangre-; que por primera vez desfilase orgulloso mi abuelo Manuel, del que heredó su entusiasmo -valiente y sincero- mi padre, y del que hoy es bastión mi hermano Antonio.

A todos ellos va dirigido este Pregón, al igual que a mi hermana Amparo - manantera de corazón sabio -, a mis dos ensueños -mis hijas Marta y María-, y a María José, bálsamo en mi vida.

Y como a ellos, a cada mujer y hombre de Puente Genil, que aman sin límite a nuestra Semana Santa, por encima de cometidos o de distancias.

Mí especial agradecimiento a mi hermanito Miguel Velasco - mi pianista hoy de “cabecera”, a mis hermanos del Grupo de Música del Imperio Romano y a los de Schola Cantorum, porque acompañándome en este día, saben que completan mi alma, que de otro modo hubiese quedado menguada.

A vosotros y a los que algún día también conozcan estas palabras, -en lo pudieran valer-, os las ofrezco de todo corazón, y os doy las gracias por estar aquí, dando sentido a este momento.

Hermanos, ya estamos en Semana Santa:

Sinceramente, nunca supuse que me iba a resultar tan sumamente complicado escribir este pregón.

Al aceptar, pensé que sería tan fácil como derramar en unos cuantos folios, las emociones, los pensamientos, las vivencias oídas y vividas y los recuerdos más dulces, acuñados por un corazón que poco a poco va traspasando el ecuador de la vida. Pero una vez comenzado el reto, me di cuenta de mi objetiva limitación, que no es otra que la de no saber cómo hablar de amor, de hermandad, de cariño..., sin caer en una torpe redundancia o retórica, máxime, cuando hemos tenido pregoneros impecables que dejaron una estela muy difícil de seguir.

Era el momento de pedir ayuda. De buscar un auténtico amigo que me diese la paz interna necesaria. Recurrí entonces a la advocación de Jesús en su Humildad, pidiéndole que no me dejase escribir ni un adjetivo, ni una frase, ni una palabra, que no albergase mi corazón.

A su advocación de “humilde” me encomiendo, y en estos términos lo pongo hoy por testigo de lo que a continuación os voy a contar.

Puente Genil es un pueblo con fe, un pueblo que cree. Yo creo sinceramente en Dios. Reconozco que me ha costado mucho trabajo, porque eso de tener fe, es a veces más complicado de lo que parece.

Lo buscaba, posiblemente por el miedo que me daba estar en la tormenta de la vida, sin un verdadero sentido, y sin su apoyo firme. Por el contrario, seguir su mensaje de amor, me ha resultado más fácil y gratificante de lo que en principio me pudo parecer.

También he tenido siempre la inquietud de encontrar el verdadero lazo que hay entre la palabra de Dios, la Pasión de Jesús y el sentido que damos a la Semana Santa en Puente Genil.

A todos los anteriores planteamientos, comencé a darles alguna respuesta leyendo el libro escrito por Carlos González Vallés, -un Sacerdote Jesuita de nuestro tiempo-, que se titula “Dejar a Dios ser Dios”.

Este libro, en su presentación nos dice literalmente: “la mejor manera de contrarrestar el ateísmo, es entender mejor a Dios”. Nada menos que ésa es la ambición quijotesca de este libro.

También nos puede servir hoy la frase con la que comienza uno de sus primeros capítulos, que dice: “La familiaridad con Dios en Jesús, es don excelso, que justifica una vida”. Repito... La familiaridad con Dios.

Por último, permitidme también leerlos un pequeño poema, con el que termina esta obra, para la que os pido especial atención porque, posiblemente, en él, encontremos hoy algunas respuestas:

“Sacerdote del templo de Dios....
quien quiera que seas,
abre las ventanas de tu templo
para que entren los vientos de la gracia,
para que corran las brisas del espíritu,
para que venga Dios.
Pon sobre el altar de tu templo
la imagen que prefieras,
Recita tus oraciones favoritas,
Sigue tu ritual tradicional;
Pero deja abierta la ventana de tu alma
Para que venga Dios “.

Y con este punto de partida, comparto reflexiones, recuerdos, sensaciones y añoranzas, siguiendo la cronología natural que nos dan las cinco Juntas más importantes del año: Día de la Cruz, de Todos los Santos, Navidad, Cuaresma y Semana Santa:

JUNTA DEL DÍA DE LA CRUZ

Comenzamos con la Junta del Día de la Cruz. La que cierra y abre un nuevo ciclo mananero.

En nosotros se instala un remoto sentimiento de nostalgia, resaca de todo lo vivido en las últimas semanas y que nos pide un descanso emocional. En el cuartel, los proyectos inmediatos son lúdicos y festivos.

Mientras se desarrolla la Junta, -paralelamente, y casi sin que nos demos cuenta-, en la calle están germinando los nuevos mananeros; nuestros sucesores.

El hombre, tiene dos etapas en las que va fraguando su personalidad: en la niñez, descubre y desarrolla su sensibilidad, sus afectos, su concepto intuitivo de la vida.

La madurez le aporta experiencia, vivencias, objetividad y un sentimiento nuevo: La nostalgia.

Si rebuscamos en nuestra memoria sentimental y lejana, no nos costará trabajo reencontrarnos con el niño que descubrió la Semana Santa con sus sentidos.

Podría ser, cualquiera de nosotros, aquel pequeño que naciera en la calle de la Plaza, en la casa de “Los Cristalitos”. Tendría cuatro o cinco años. Imaginemos cómo esperaba desde su balcón, el paso de la procesión del Jueves Santo, y con ella, la llegada del Imperio Romano. A su paso y al unísono, repicaba en una improvisada caja, que no era otra que el asiento de chapón de una vieja silla, con las baquetas que le propiciaban los travesaños de una percha desechada.

Y en esos momentos, soñó que formaba parte de aquel sonido divino. Descubrió en su corazón nuevas palpitaciones. Le sobrecogía algo - que aún no sabía que era la emoción-, y sentía que le entraban hasta ganas de llorar, desbordado por la alegría que le producía el momento. No sabía qué estaba pasando. ¿Qué eran aquellas reacciones tan fuertes y tan diversas que tanto le agitaban su interior?.

¿Cómo asimilar aquel batiburrillo de trompetas y cornetas, campanita, cajas, tambores, saetas y vivas, que se convertían en un alocado sonido celeste?

Años más tarde comprendió que había descubierto los sonidos y la música de Puente Genil en Semana Santa, y fue feliz. Totalmente feliz.

Y en los descubrimientos de aquel niño, surgió el de la luz y el color en estos días: el morado nazareno, el rojo Amargura, el verde esperanza, el azul doloroso, el negro soledad, el blanco resurrección.

Los ojos miel, aceituna, marrón y cielo de pontanas fervorosas.

El de las seis escuadras del Imperio.

Los cien matices de la noche pontana.

Los mil destellos de corazas, espadas, lanzas, cascos y estandartes.

Los colores de la muerte y de la vida.

Y su alma también descubrió el olor a Semana Santa: Olor a rostrillo y a latón de casco, que cuando era nombrado escudero, buscaba, ciñéndolos a su diminuta cara y respirando muy hondo de ellos.

Olores propios, únicos.

El olor entrañable e inolvidable del traje de figura o de romano que vestía su padre. Olor a bengala, a plumero, a raso y terciopelo. Olor a procesión. A mil perfumes de devotas pontanas. Olores a peluca y a incienso. A cirio encendido. A vela apagada. A lirio, clavel, magnolia y jazmín. Olor a cal, a limpia metales. A alcanfor. A horno, a garrapiñada, a bodega.

Olores, que entremezclados con otros más lejanos a río y a primavera, revestían a la brisa de una frescura bondadosa y amiga.

Olores que le daban paz y confianza. Olores que miman.

Olores intemporales y eternos.

Hermanos... que bien huele siempre nuestro pueblo en Semana Santa.

Algo cautivó a aquel pequeño, que sentía que detrás de todo aquello tendría que haber cosas maravillosas, que estaba dispuesto a descubrir “cuando fuese mayor”.

Y ese mismo niño -ya de mayor-, perdió algunas lágrimas, al sentir que otras manos -pequeñas y curiosas- robaban de su traje una caricia al desfilar.

Aún me descubro, pequeño, en ti
cuando miro tu cara ilusionada.
Como tú, agarraba muy fuerte la lanza.
Como tú, apretaba el martirio contra mi cuerpo.
Como tú, descubrí en esos días
que cuando el pecho se te ensancha en el desfile,
y notas que el corazón te crece de tanto querer vibrar,
no es un sueño - chicuelo-,
es tu pueblo, su sonido, es el olor del Genil,
es lo que da nuestra sangre.

Todos tendremos recuerdos entrañables de la primera vez que nos vestimos de figura o de romano. Permitidme que comparta con vosotros la mía.

Fueron las manos de Manuel Velasco -mi abuelito Manuel-, las que me ciñeron por primera vez el traje azul de romano, escuadra que mi padre y él mismo vistieron.

Mientras me iba incorporando cada prenda, me explicaba sus nombres: “Esto es el tonelete. Tienes que ponerte tirantes y apretarte el nudo para fijarlo bien a la cintura”. “Esto es el cuerpecillo, y esta, la gola que te irá acariciando el cuello cuando desfilas”. “La capa hay que centrarla bien. Abróchate siempre los corchetes para que no se mueva”.

Y mientras tanto -alisando el raso-, pasaba con cariño sus manos grandes y varoniles de sastre viejo, que, por entrañables, se me antojaban pétalos de rosa.

El traje estaba cortado incluso con más amor que el que emplease para nuestras escuadras: En esta ocasión era para sus nietos; para sus sucesores; para su sangre.

Luego me dijo que debía marcar el paso corto y solemne pero alegre; que el hacha se cogía por el centro y al llevarla al hombro, debía ponerla casi paralela al suelo: con gallardía.

Su voz profunda y grave, iba contrastando con la dulzura y el temblor de sus palabras. Esa voz, que años más tarde me contase, -aún más emocionada, y con los ojos mojados de añoranza-, su sentimental recuerdo del alborear del Viernes Santo, el martilleo cadencioso de su corazón al abrirse las puertas que dan paso a la llegada del Patrón. El silencio en la Plaza, y la eclosión de amor que sentía al mirar su rostro mientras sonaba la Diana.

Recuerdos, que cosemos fuerte a nuestro corazón para hacerlos también nuestros y aferrarlos a nuestra memoria, pues todos, de alguna manera, hemos tenido un Abuelito Manuel = Con Dios estén =

JUNTA DE TODOS LOS SANTOS

Cuando dejamos que entre el otoño en nuestra nostalgia -al igual que lo hace en todos nuestros sentidos- recibimos la citación para la Junta del Día de Todos los Santos.

La llegada inmediata del día de los difuntos, nos lleva al recuerdo íntimo de nuestros muertos. De todos a los que quisimos y ya no están..., bueno, que no están en cuerpo, porque... vaya si nos acordamos de ellos.

Cuando se utiliza aquel recurso de que “estarán con el Eterno Padre, sentados a su mesa, o desfilando en las legiones del más allá”, es difícil evitar esa evocación romántica, y ver e desfile majestuoso; pisando sobre etéreas nubes de amor, con el pecho más henchido que nunca y con un solo espectador: Dios mismo.

Cualquier día, después de nuestra jornada, buscamos un pretexto para dar una vuelta por la Corporación.

Andamos por la calle oscura y solitaria, que está impregnada del tono íntimo y cobrizo que le otorgan los faroles que la alumbran -que debe ser el mismo que años o siglos pasados tuviera-, cuando alguien al igual que nosotros, también se dirigía a ella con el mismo impulso nostálgico.

El eco de nuestros pasos, son la única compañía, interrumpida fugazmente por el “buenas noches”, con el que saludamos al vecino que se cruza.

Entramos en el salón, y se nos antoja un gigante mudo y frío, que no ha podido retener en sus paredes, los abrazos, la ilusión, la hermandad ni el cariño que en tantos momentos ha acogido.

Nos gusta revisar fotos, antiguas y nuevas. Unas nos hacen recordar nuestras propias vivencias y otras nos invitan a fantasear y a vivir aquellas que no conocimos:

“Quién será este que tiene toda la felicidad de la vida, prendida en la cara?. ¡Qué joven está aquí nuestro Decano!, ¡y cuanto te echamos de menos!

El blanco, negro y sepia de los deteriorados cartones, le dan la textura precisa para el momento que recogen.

Y nos preguntamos, cómo se estará en el cielo con Dios, porque es justo pensar que los nombres buenos que se fueron - que creían y pensaban en ÉL- ahora tienen que disfrutar de su presencia.

La bienaventuranza dice que los limpios de corazón, verán a Dios.

Con este planteamiento y pensando en una “vida eterna” que podamos comprender, es fácil fabular ciertas situaciones con aquellos hermanos de alma limpia que se fueron y que ya estarán a su diestra. Y a los que habría que imaginar con la misma idiosincrasia y talante que les conocimos, cuando estuvieron con nosotros.

Me quiero imaginar a nuestro hermanito Francisco Estrada, “El Chango”, pidiendo prestada a un ángel una de las trompetas celestiales, porque -resulta- que un querubín travieso le ha querido gastar una broma -escondiéndole su trombón-, y él tiene que salir a desfilas.

También al ocurrente Francisco Ximénez, queriendo iluminar -con sus nuevos artilugios- la bóveda celeste, para que reluzca aún más. Diría: “Aquí siempre es fiesta y esto hay que modernizarlo”.

Y en esa fantasía, pensar en nuestro añorado Francisco Moyano, recitando, -a Jesús- “Las Coplas del Piyayo” o convenciéndolo de que Pilatos nació en Porta Alegre y que - en el fondo- era bueno y campechano....

Y así con otros tantos, de otras tantas Corporaciones. Cientos y cientos de hermanos, ya idos, entrañables y buenos.

Posiblemente la teología pura nos dirá que no está bien, que esto es más serio. Pero es nuestro modo de llegar a entender todo, y de sentirlos cerca de nosotros al recordarlos.

Siempre los hemos imaginado sentados en una gran mesa allá arriba, cantando y brindando por nosotros, y eso... nos reconforta y nos hace sentirnos protegidos también por ellos.

Creo firmemente, que el buen Dios que intuimos y en el que creemos, estaría de acuerdo con este planteamiento. Solo es cuestión de fe.

JUNTA DE NAVIDAD

Cada Junta tiene su propio clima, su particular palpitación y predisposición en cada uno de nosotros.

La Junta de Navidad es la más alegre, de evocación familiar, y su protagonista secreto: La mujer; la madre.

También lo es en ese nacimiento que montamos en nuestras casas -según la tradición cristiana, evocador de la llegada del mismo Dios a la tierra, en el que María -como madre-, gustosa queda ensombrecida ante su hijo.

La madre; la mujer en Puente Genil, es la esencia pura del sentido de la Semana Santa. Con su cariño nos han enseñado a querer. Con su devoción, nos han hecho devotos. Su abnegación nos ha enternecido. Su silencio ha sido la palabra más elocuente. Cuando nos han faltado fuerzas, ellas nos han dado las suyas. Han perfeccionado nuestras torpezas. Han ilusionado nuestros desencantos. Han cubierto nuestro hueco. Se prolongaron hasta donde no llegábamos.

Recuerdo una anécdota que leí en algún sitio, en la que conversando, una hija decía a su madre: “Mamá, ahora que soy madre, comprendo por qué, cuando yo era niña, diciendo que te gustaban, siempre te comías las cabezas del pescado”.
y algunas veces, no nos damos ni cuenta.

¡Viva las mujeres piadosas!

En mi casa, desde siempre recuerdo una cajonera de puertas tocadas en terciopelo rojo. Dentro de sus cajones y doblado de mimos y ternuras, dormitaba el ajuar de la Virgen de las Angustias.

En las vísperas de su triduo y de su procesión, volvían redentoras su capa y su saya a inundar los sillones de la casa, buscando olores y aires renovados.

Luego, acurrucadas en los brazos de una bandeja de mimbre, llegaban al Dulce Nombre.

Muchos años -de pequeño-, acompañé aquellos Lunes Santo a la abuela Amparo y a mi madre a vestir a la Virgen.

Me gustaba verla a ras de suelo chiquita y vulnerable. Me sobrecogía la dulzura de su cara. La ternura que me transmitía la forma de sus manos. El brillo de sus lágrimas.

Cuando le iban a quitar la primera prenda me decían: “Pídele al Santero que te deje subir al coro a tocar el armonio” Y casi conforme me iba, porque ya me habían explicado que era una mujer y que necesitaba de su intimidad.

Mientras tanto, me quedaba descubriendo los sonidos de las teclas de marfil, y esperaba distraído a que me llamasen.

Cuando me decían que ya podía bajar, la encontraba reluciente. Como una novia. La ropa, que mi curiosidad de niño tantas veces había acariciado en secreto, se ceñía a su

cuerpecito. Y la dulzura que ponían al dar los últimos retoques -para embellecerla aún más- se me antojaba la misma que yo recibía -en caricias- de esas mismas manos.

Aquellas tardes, dejaron mi corazón marcado para siempre con una M enorme de Maria y de Madre.

Si soy manantero, es por ti —madre-.
Porque refuerzas todos mis afectos.
Porque mis ilusiones las tornas en las tuyas desbordadas.
Porque mi túnica lleva tus caricias
Porque mi traje está radiante de tu amor.
Si soy manantero -madre-
Es porque me hablaste de tus recuerdos de niñez.
Porque te vi temblar de emoción ante María,
Porque vi cómo mirabas -de la espalda- las heridas,
porque tu vela, siempre me dio tu calor.
Si soy manantero -madre-,
Es porque amar lo que tú tanto has amado
es un modo de tenerte siempre cerca
y rezar como lo haces tú
es acercarme a ti y acercarme a Dios.

JUNTA DE CUARESMA

Con la primera Junta de Cuaresma, llega la época del año que más añoranzas evoca y nos damos cuenta de cuánto la hemos echado en falta. Querríamos abarcarla entera. Ella, por el contrario -sabía, por la veteranía que le han dado los siglos-, se deja querer, dosificando cada momento e imponiéndonos -incluso- su propio calendario. Ya no hablaremos de fechas, sino del sábado correspondiente. Y en estos días, el pueblo se nos antoja más entrañable. Más antiguo.

Con su llegada, también la añoranza de los ausentes. La primavera les trae recuerdos, que endulzan con la ilusión de un próximo retorno.

Estoy seguro que en esos días, buscan en el cielo, el azul-pontano que proclama su himno, y que la estampa que portan en su cartera, se convierte -en ocasiones- en improvisada capilla donde recordar o rezar.

Como ellos y como cualquiera, muchas veces tengo miedo de que todo esto se pueda estropear o que desaparezca algún día. Que los tiempos de innovación profunda que estamos viviendo, puedan afectar nuestra forma -serena y entrañable- de vivir la Semana Santa, y que la tecnología, el individualismo o cualquier otra circunstancia, pueda quebrar este paraíso de afecto.

Corren tiempos en los que nos debemos apiñar más que nunca. En los que hace falta unir todas las manos y todos los corazones, para que la ley del péndulo, -esa que dice que en la historia las etapas de crecimiento y declive se suceden-, nos pase de largo.

Recuerdo una estrofa -que viene a colación- de un gaucho ficticio y viejo, llamado Martín Fierro.

En nuestra infancia la colgó mi padre en el dormitorio de mi hermano Antonio y mío. Cuando discutíamos —como niños que éramos-, nos hacía recitarla en alto, para que siempre la tuviésemos en cuenta. Dice así:

“Los hermanos sean unidos porque esa es la ley primera.
Tengan unión verdadera en cualquier tiempo que sea, porque, si entre ellos pelean, los devoran los de ajuera”.

(“La vuelta de Martín Fierro” de José Hernández — Cap. XXXII - verso n° 1.160)

Y en hermandad, transcurren los sábados de Cuaresma. Cada Corporación vive un protocolo propio y entrañable, que ha ido forjándose con los años, y al que miman porque forma parte de su propia identidad.

Estos Sábados de visita al Patrón, las esquinas, plazoletas y puertas de iglesia, se convierten en Cuarteles espontáneos, en los que las vibraciones de saetas, de cantos y de sentimiento, las hacen -momentáneamente- aún más entrañables.

En la subida romanil, gusta descubrir a cada Corporación en su lugar de siempre, a la hora de siempre y con los hermanos de siempre; arqueando esquinas y suavizando cuestas.

Los Ataos subirán marciales y ufanos, precedidos del gallo conquistador de corazones de niños y mayores.

Paralelamente, los Testigos Falsos desplegarán sus tambores de la ilusión, ensanchando la Matallana -cual campanita redoblante, que anunciase la hora de ir a rezar a la Ermita-.

Luego, después de haber vaciado todos los corazones a los pies de Jesús y de María -dejándolos secos de sentir-, volvemos a la Corporación. De nuevo, se singularizan los rituales propios de cada una. Cada Vieja Cuasmera, pierde su correspondiente pata de modo singular. Unas terminan para siempre en el bolsillo de un hermano que -solemne- se la arrancó, acentuando aún más su cojera. Otras se pierden tras el cuadro, por medio de un sencillo artilugio que las guardará nostálgico hasta el año que viene.

Unas sorteadas, otras ofrecidas, otras aclamadas. ¿Qué más da? Las vivencias verdaderamente grandes son aquellas que mejoran el alma de quien las vive. Y estas son inolvidables.

Me veo en la obligación de contar una de las tradiciones más singulares de mi Corporación, con la única intención de que pueda ser algo más conocida y, en consecuencia, entendida.

El artículo 62 del Reglamento del Imperio Romano dice:

“**E**l Sábado de Carnaval, los de Cuaresma y el Domingo de Ramos, antes de la subida a Jesús, desfilará una pequeña fuerza llamada Chusma, que visitará a los hermanos enfermos en su domicilio y aceptará invitaciones de otras Corporaciones o hermanos, para estrechar los lazos de unión y confraternidad, que necesariamente deben presidir todos nuestros actos.”

Efectivamente ese es el cometido principal que tiene: Estrechar lazos de unión.

He vivido muchas Chusmas, en las que la visita a hermanos enfermos y a Corporaciones que gustosas se ofrecieron a abrirnos sus puertas, fueron realmente impresionantes. En ellas, el agradecimiento al anfitrión precedió al saludo y los abrazos sustituyeron a las palabras.

Recuerdo con muchísimo cariño, hace bastantes años, la visita a un hermano de Las Virtudes Morales, José Ruiz Mansilla -Pepe “El Pinto”, que le llamaba todo el pueblo-. Hombre de sentimiento puro, amigo inolvidable, Manantero Ejemplar y ejemplo de mananteros.

La chusma subió hasta su casa de José Luís Arrese, porque sabíamos que aquel ácido úrico que lo atormentaba, no le había permitido ni levantarse de la cama.

Al llegar y abrirnos la puerta su mujer -Loli-, tan cariñosa como siempre, entramos todos hasta su misma alcoba a golpe de tambor, con los palos y la bandera.

Pepe, -que tenía el rostro más parecido a un ajusticiado que he visto en mi vida, debido a los dolores que martirizaban todo su cuerpo-, empezó a iluminarse con las bromas propias que le gastábamos -y que tanto le gustaban-; comenzó a cantar aquellas imborrables y sinceras saetas que le caracterizaban y se levantó de la cama diciendo: “Yo lo que necesito es beberme un medio, y cambiar de médico”. Este es un recuerdo que os tenía que contar.

Y en toda esta amalgama de vivencias que marcan cada sábado: quinaros, triduos y Funciones, para exaltación de nuestros Santos Titulares, y en ellos -fiel siempre-: la Schola Cantorum.

Mi vivencia con el Coro ha sido larga e intensa, hasta el punto de considerar que ha marcado mi personalidad y mi vida. El hecho de haber convivido con hombres geniales como Joaquín Ruiz, “El Pinto”, Pepe Rivas, José Luís García, Antonio Aguilar, y tantos otros que también se fueron y muchos que aún están entre nosotros, no puede pasar desapercibido en la vida de un hombre.

No entro en exaltarlos -como creo que se merecen-, porque podría revertir en una alabanza propia que no estoy dispuesto a aceptar, pero sí les digo hoy -públicamente-, que sin ellos, hubiese sido mucho más duro y tortuoso el camino de mi vida.

Como sería muy difícil extraer la esencia del Coro, creo que es preferible evocar un momento, que sería la realidad de una vivencia con ellos.

TEATRILLO

«(Rafa Sánchez- Jesús Ruiz -Carlos Delgado - Manolo Palma - Manuel Gil - Fernando Mata- Antonio Martín - Antonio Ángel Pino - Perico Rivas - Antonio Javier Sánchez y Jesús Ruiz (hijo)» Rodeando una mesa y con copas en la mano -Carlos (mirando una foto): Y este ¿quién es? (enseñándola a Manolo Palma)

-**M. Palma:** Sí, hombre, este es don Isidro, este José Dorado,...

-**Rafa:** (por el otro lado) Mira Joaquín que joven está, y tú, Manolo, estás hecho un chaval.

-**Carlos:** La foto está fechada en los años cuarenta. Se ve que es en la función de Jesús, cuando se celebraba el Lunes de las Cien Luces.

-**Manuel Gil:** ¡Qué tercios más buenos había!

-**Antonio Ángel:** Yo hubiese dado algo por vivir esos tiempos.

-**Rafa:** Pues a mí, siempre que cantamos las mismas coplas que ellos cantaban, me viene la sensación de que los tenemos muy cerca; las mismas iglesias, los mismos titulares, la misma devoción ... la verdad que es emocionante ese reencuentro con ellos cada año.

(Comienza la Introducción de Envuelto)

-**Carlos:** ¿Os imagináis qué sentirían Miguel Gant y Miguel Romero al escribir esas coplas, que aún hoy -casi un siglo después- consiguen hacernos vibrar?

(Copla al Santo Sepulcro: “Envuelto en blanco cendal” y “Viernes Santo”)

-**Fernando:** (*brindando*): ¡Viva el Coro!

-**Pedro:** (*mientras sirve*): ¡Apurad el vaso que se está acabando la Cuaresma ... y el vino!

-**Javier:** La verdad, que en Puente Genil hemos tenido unos compositores y unos poetas que se dejaron el alma en el papel.

-**Antonio Martín:** Ahí tienes la marcha Recuerdo, que mil veces la escuchas y mil veces que te parte en dos.

-**Antonio Ángel:** Bueno eso depende de quien lo toque. Estas piezas, si no están impregnadas de músicos pontanos... a mí no me llegan. ¿Cómo creéis que sonarían los misereres y la Diana tocada por la Sinfónica de Londres en el Palacio de Buckingham?

-**Jesús Ruiz:** Pues no tendría sentido. Faltaría corazón para escucharlos y faltaría la inspiración que da el Terrible para interpretar, ¡vaya, sentir en Pontano!

-**Pedro Rivas:** Lo que es verdad, es que las generaciones pasan, pero los motivos de inspiración son los mismos.

-**Jesús Ruiz:** Ejemplo la cantidad de coplas que han escrito Carlos y Rafa (señalándolos). Mi padre los llamaba cariñosamente “Los dos Migueles”, porque decía que eran la reencarnación de Miguel Gant y Miguel Romero.

-**Antonio Martín:** Y que no tiene ninguna desperdicio. Y a más las cantas y más las oyes, más te gustan. La plegaria que le escribisteis a la Soledad, ¡qué cosa más bonita!... vamos a cantarlas

(Copla a María Stma. de la Soledad: “Lleva el corazón partido”)

JUNTA DE SEMANA SANTA

Y entre sermones y coplas, llegamos al Domingo de Ramos, día de la Junta por excelencia.

El día se nos ha presentado claro y luminoso, regalo inefable de la madre primavera.

Tempranito hemos ido a la función de la Soledad, que es cierre definitivo de la Cuaresma y pórtico de la Semana Santa.

Al terminar, café con magdalenas... y a escuchar el pregón.

Este año se ha canjeado un pregonero, por un sentimental, aunque la cuenta -al final- saldrá, porque a estas alturas de Cuaresma, hemos asistido ya -y vamos a asistir, casi sin darnos cuenta-, a mil pregones. Porque en Puente Genil, pregonar es exaltar, alabar, elogiar y amar..., y en cada abrazo, ha habido una exaltación de la hermandad, en cada cuartelera una alabanza a Dios, cada improvisado orador que se levantó en una mesa y elogió las vivencias del momento, hizo un ejercicio de amor.

Pero son aún muchos más los pregones anónimos, íntimos y sinceros, que pueden pasarnos desapercibidos: Los hombros y cuellos amoratados de bastoneros y costaleros. Las manos que durante meses bordaron mantos, túnicas y fajines. Las que exornan altares y pasos. Los labios y brazos doloridos de músicos, que se preparan para acometer su hazaña heroica. Las gargantas rotas de “cantaos” y cantores..., y tantos otros, son emocionantes pregones que debemos retener en nuestro agradecimiento y en nuestra alma.

Y gracias a todos esos esfuerzos, ayer disfrutamos del primer saludo al pueblo de nuestros titulares: el de la Virgen de la Guía, que con su coqueta subida por la cuesta Baena, nos decía que todo ha comenzado ya.

Esta tarde, el paso por nuestras calles de La Borriquita -siempre entrañable- dará olor a palma y a ilusión, a la luz de una bellísima Virgen de la Estrella.

Y así, irán desgranándose -día a día, salida a salida, procesión tras procesión-, todas las advocaciones divinas con dos protagonistas: Dios -hecho hombre- y María en toda su dimensión.

Y con Cristo, compartiremos su última Cena, Oraremos en el Huerto, presenciaremos su Lavatorio de amor. También seremos testigos -un año más-, de sus Penas, de la injusta humillación a Jesús Preso, de la tristeza del Afligido, de la resignación del Amarrado a una Columna, de la divinidad del Humilde, de la bondad y el perdón del Nazareno, de la redención en cada Crucificado, del Santo Entierro del Dios-Hombre y del Hombre-Dios Resucitado.

Y a María, daremos Consuelo y Esperanza..., mientras ella, siguiendo los pasos de su hijo, irá hecha jirones de Dolor, de Angustia, de Amargura, de Lágrimas, de Soledad..., de Amor.

En Puente Genil, se alternan las escenas de la Pasión, con la alegría.

Poder explicar esta contradicción, entiendo que es un reto harto complicado.

Aquellos que se lo plantean y buscan el modo de explicarlo, se suelen ver en auténticos problemas, porque es muy difícil simultanear los momentos más dolorosos de la muerte de Jesús y el sufrimiento de María, con la explosión de color, de música y de sentidos, que ebria la primavera.

Algunas veces decimos que es la fiesta de la resurrección, que celebramos el triunfo de la vida sobre la muerte. Pero por otro lado se nos ha dicho que para que haya resurrección antes tiene que haber sufrimiento y muerte, y que eso nos lo estamos saltando.

En mi compromiso de no faltar a la verdad y de compartir mis pensamientos, expongo en este punto mi particular visión al respecto.

Creo que Puente Genil es un pueblo cristiano. Mucho más de lo que muchos de nosotros nos llegamos a imaginar.

En Puente Genil ha triunfado el amor entre hermanos, el de verdad, ese amor en el que Jesús hacía tanto hincapié y que vino a proclamar al mundo.

¿No podrá ser nuestra Semana Santa, la fiesta del amor fraterno. El triunfo del amor y de la hermandad?

Sé, que -en general- no somos cristianos excelentes.

Todos conocemos a alguien que, incluso perteneciendo al mundo de la Semana Santa, pensamos que no está en este planteamiento, aunque -sinceramente-, creo que son muchos menos de los que pensamos. Pero en todo caso, cuando nuestros sentimientos se desbordan al dar un fraternal abrazo, cuando miramos emocionados al Patrón, cuando pedimos ayuda a María Santísima; no me cabe la menor duda de que **TODOS**, estamos más cerca de Dios.

Os cuento una historia, que a su vez me contaron, de una aparente contradicción más, de la inmensidad que en nuestro pueblo se dan.

Para situarla me permito dar detalles, convencido de que los protagonistas, que ya están en el cielo, me autorizan para ello.

Fue el Viernes Santo del año 1964. El Imperio Romano había vuelto de Santa Catalina después de rendir armas -en reverencia- al Patrón y de ofrecer su musical Stabat Mater a la Virgen de los Dolores.

Como es costumbre en esta mañana de cielo blanco-azul radiante, la Corporación se dirigía en desfile a visitar nuestro querido barrio de Miragenil, cruzando ese Puente que une pueblos por la voluntad del hombre.

Aquel año, Manuel Gálvez Linares, nuestro querido y generoso “Chifarri”, que debutaba como hermano de la Corporación, había preparado en el local bajo su casa, un ágape con el que dar las gracias a sus nuevos hermanitos, por haberlo recibido en sus escuadras.

Anfitrión ufano, abrió de par en par las puertas de la cochera, que se convirtiera en un enorme abrazo de bienvenida a toda la Corporación.

El tapeo, por generoso, no adolecía de nada: jamón, cinta de lomo, flamenquines, sólo tenía un problema: que Manuel -en su entusiasmo- no había caído en que era Viernes Santo y, en consecuencia, vigilia, y en aquellos años no existía ningún tipo de dispensa.

Al llegar hasta la mesa y ver el menú presentado, todos quedaron quietos sin saber cómo reaccionar.

Fernando Estrada -Capitán en aquellos años-, desconcertado por la situación creada, fue inmediatamente a consultar a Luís Reina -el hombre integro y cristiano, el referente espiritual de la Corporación, el hombre definitivamente bueno- y le dijo: “Luís, ¿qué hacemos?, ¿que comer de esto es pecado!”.

Y Luís, que sabía perfectamente la ilusión, el esmero, el amor que Chifarri y su inolvidable esposa Asunción, habían puesto en la preparación de todo, contestó:

“En este caso, lo que es un pecado grave, es no comer”. = Que Dios juzgue =

Con la comida del Jueves Santo, cada Corporación se viste de gala por fuera y por dentro. El pueblo, se convierte en un imaginario cenáculo, suma de todas las mesas que celebran el “Día del Amor Fraternal”.

La proximidad de los momentos que se han de vivir, está revestida de solemnidad y de pausada inquietud, que nos preparan para las horas venideras. Horas que se nos antojan un sueño y un regalo de la vida.

En cada Corporación, se compartirá el pan de la alianza eterna y el vino -hijo de nuestra tierra-, que sacará de nosotros las emociones más íntimas y se ensanchará hasta romperse en puro sentimiento. En todas las mesas se canta, se vibra y se llora. No sé qué sería del hombre de Puente Genil si no tuviese estos días para llorar.

En la Judea, se volverán a escuchar los versos emocionados de Miguel Romero, que despiertan cada año renovados y vigentes.

El Degüello abrirá en sus gargantas himnos de nostalgia.

Los Apóstoles ilustrarán a San Mateo, con un manantial cristalino de saetas sobre una alfombra de roncós tambores.

La Espina se desbordará en sentidas poesías, mezcladas con sempiternos cantos corales.

Y así mismo Jetones, Macabeos, Babilonios, El Pez, La Destrucción, Las Sectas, Parábolas, Las Tentaciones, Las Profecías, Los Lázaros, El Cirio, Samaritanos, Levitas, Milagros, Virtudes, Evangelistas, El Juicio, Profetas, Prendimiento, Centurión, El Arca, El Pretor..., todos los hombres que se sienten en la mesa de la hermandad, vivirán su propio ensueño.

Y en una pequeña calle junto al río, en un salón, -acogedor de todo un pueblo-, un grupo de hombres mananteros, que llevan en sus manos y en sus labios -muchas veces doloridos- la responsabilidad de ser la ilusión de todo el pueblo, -y como si de un grito al cielo se tratase, en el que se confunde el amor a Puente Genil y una oración a Dios-, hará sonar - joven, un romántico y viejo pasodoble: El Pasodoble **SUAI**.

Y a partir de esos momentos, ya no habrá descanso para el cuerpo ni para el alma. Las calles arderán de gente. Las salidas de los titulares, su procesión y sus vivas, las llenarán generosos.

No habrá un rincón entrañable, una mecida ni una Levantá, que no nos vuelva a emocionar y a sorprender.

Todo se convertirá en un desconcierto consentido.

En cada hogar, el entrar y salir de unos y otros, será tónica constante, y la ilusión de vivir cada momento, retará a nuestras propias fuerzas.

En los cuarteles, cada hermano que vista de figura o de romano, sentirá el cosquilleo de la primera vez, con cada prenda que se pone.

Y la noche, el alborear, el día y la tarde,... serán testigos de Diana, reverencias, devoción y penitentes.

Y la llegada -de nuevo- del anochecer, cuando los portones de la Ermita de Jesús hayan propiciado un melancólico “hasta el año que viene, Padre” sentiremos que ya empieza a terminar todo.

El “Gloria al Muerto”, pondrá notas de sentimiento, tachonadas de negros penachos.

En la vieja Ermita de El Dulce Nombre, pausada y cadenciosa, comenzará la noche de la “Muerte” y de la “Angustia”.

Los truenos apostólicos, serán cantinela de saetas. El paseo burlón y jocosos de la muerte y el demonio, sobrecogerá el propio sonido de sus cadenas.

Las lágrimas de Juan, se perderán -momentáneas- con su mecida cariñosa y ajetreada.

Y tras ellos, frágil, vulnerable, dulce, íntima y chiquita: **La Soledad**.

Y a su advocación de “soledad”, -principio y fin natural del hombre-, es mi petición final:

Madre de la Isla:

Que sigamos viviendo esta hermandad.

Que los manantiales de tradición y de sangre, permitan a nuestros sucesores tener un paraíso de amor.

Que nadie se sienta olvidado.

Consuela al hermano ausente. Al enfermo.

Da fe al que la necesita.

Acuérdate de nuestros mayores.

Cuida a tu pueblo: Soledad.

Y si me permites, también te pido, que cuando llegue mi momento final y toque dar cuentas de mi vida, tenga la voz potente para cantarte mi última plegaria, y - si pudiera ser-, escuchar la campanita, y que algún amigo sincero, mientras suena “Enriquetilla”, alce su copa hasta el cielo.

(=Pasodoble ENRIQUETILLA=)